

Prólogo

Última lección de Capablanca

Desde los trece años, cuando mi padre me enseñó a mover las piezas, he jugado ajedrez, aunque con mucha más pasión que pericia. Unos años después, en un torneo de fin de semana en el Youth Center de Coral Gables, tuve la mala y buena suerte de disputar una partida con el Dr. Juan González. Mala, porque me dio jaque mate en pocos movimientos con entrega de Dama (dicho en cubano: me pateó). Buena, porque el Dr. González, a quien sus amigos llamaban Juanito, además de haber sido en varias ocasiones campeón de Cuba, había conocido a Capablanca y jugado con él. Sentado frente a mí tenía a un hombre –alto, amable, distinguido– que, igual que lo hacía conmigo, se había sentado del otro lado del tablero para enfrentarse al ídolo de muchachos como yo, no sólo porque muchos consideraban a Capablanca el mejor ajedrecista de todos los tiempos sino porque era cubano.

Para entonces ya había empezado a coleccionar libros sobre Capablanca, costumbre que he mantenido hasta ahora. Los he leído, algunos con avidez, pero ninguno de ellos me ha enseñado tanto, ni me ha dado tanto placer, como éste de Miguel Ángel Sánchez. Lo inusual de *Capablanca: Leyenda y realidad* es que no es un libro sino varios: tres en uno, como la Santísima Trinidad, o como el aceite. Antes que nada es una estupenda biografía, de lejos la más completa que existe, pródiga en datos, documentos y anécdotas que aparecen aquí por primera vez. En segundo lugar ofrece una nutrida colección de partidas de Capablanca y otros grandes ajedrecistas, todas cuidadosamente anotadas. Pero además, el libro impresiona por los retratos de ambientes y personajes. Tres ejemplos entre muchos: la vívida

recreación del bullente mundo ajedrecístico de La Habana, sede del match por el campeonato mundial entre Wilhelm Steinitz y Mijaíl Chigorin, en las últimas décadas del siglo XIX; el recuento de la azarosa vida del abuelo paterno de Capablanca, José María Tadeo Capablanca, toda una novela de aventuras; y la minuciosa y conmovedora descripción de los últimos días de Capablanca en una ciudad –Nueva York– sacudida por el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Estos episodios, como el resto del libro, se leen con gusto por la soltura de la escritura, la amenidad de la narración.

El expediente ajedrecístico de su autor, Miguel Ángel Sánchez es extenso y variado. Aficionado al juego ciencia desde joven –pasión correspondida en su caso– a los quince años formó parte del equipo juvenil que competiría en las Olimpiadas estudiantiles en Yugoslavia. La que iba a ser su primera competencia internacional se frustró, sin embargo, porque las autoridades lo “plancharon”. Temían que si lo dejaban ir era posible que no regresara. Ese mismo año fungió de muralista en el segundo torneo en memoria de Capablanca y pocos años después, en 1966, de árbitro auxiliar en las Olimpiadas de ajedrez, celebradas por primera y única vez en La Habana. Ya para entonces había empezado a concertar su pasión por el ajedrez con su carrera como escritor publicando artículos sobre Capablanca y otros temas ajedrecísticos. Sus pesquisas sobre el astro cubano culminan con la publicación en 1978 de la primera edición de este libro, premiada en el género de biografía del concurso Enrique Piñeyro de la Unión de Artistas y Escritores de Cuba. Mas ahí no termina su importancia en la vida del autor, pues gracias a una proyectada traducción al ruso Miguel Ángel pudo viajar a Moscú al año siguiente y de ahí, tras una cadena de peripecias que podrían servir de guión para un *thriller*, saltar a España para finalmente asentarse en Estados Unidos.

En un ciclo incompleto de conferencias radiales que dictó poco antes de su muerte, y que se publicaron póstumamente bajo el título de Últimas lecciones de Capablanca, Capablanca define el ajedrez como “una diversión intelectual que tiene algo de arte y mucho de ciencia.” La caracterización es justa, pero aún así me sorprende que no hablara con más entusiasmo o profundidad sobre la actividad a la que dedicó gran parte de su vida. Para su rival Emanuel Lasker, en contraste, el ajedrez no era mera diversión sino una ilustración del principio de lucha que, según el campeón alemán, rige el mundo natural y humano. Otro gran maestro alemán, Siegbert Tarrasch, asemejaba el ajedrez a la música y al amor por su capacidad de hacernos felices. La paradoja –y tal vez la tragedia– de la vida de Capablanca es que llegó a la cumbre practicando una profesión (o cultivando una “diversión”) que no tomaba demasiado en serio. A diferencia de otros grandes

ajedrecistas, para él el ajedrez era camino y no destino. Si sólo lo difícil es estimulante, como escribió otro ilustre devoto de Caissa, es posible que a Capablanca el ajedrez se le haya dado con demasiada facilidad para de veras absorberlo, lo cual explicaría su controvertida sugerencia de ampliar el tablero y añadir piezas. Por confesión propia, a veces pasaba meses sin siquiera pensar en el juego al que debía su fama y, en medida considerable, su sustento. A sus hijos no les enseñó ajedrez sino tenis.

Es por esto que resulta difícil leer el relato de la vida y carrera de Capablanca sin tristeza. Sí, murió demasiado joven –a los cincuenta y tres años, de un derrame cerebral. Pero más doloroso todavía es conocer en detalle sus inútiles esfuerzos por conseguir que Alejandro Alekhine, quien le había arrebatado la corona en 1927, le concediera la revancha. Aunque Capablanca logró notables triunfos después de esta derrota, la frustración de no tener la oportunidad de recuperar el título que siempre consideró suyo amargó los últimos quince años de su vida. No obstante, como se explica en el libro, no tenía que haber sido así. Confiado en ganarle a Alekhine, quien hasta entonces nunca había vencido a Capablanca, no se preparó adecuadamente, mientras que su adversario invirtió años en estudiar el estilo de juego del cubano. Despreocupado del resultado del match, después de cada partida (ganada, entablada o perdida), Capablanca solía organizar un piquete de dominó y más tarde se iba de juerga. No era raro verlo de paseo por las calles de Buenos Aires en el convertible de Consuelo Velázquez, una conocida actriz y cantante. “Farrista incorregible,” lo llamó argentinamente un periodista. Ningún momento menos propicio que éste para prestarle más atención a las damas que a la Dama, pero así era “Capa”: un genio del ajedrez a tiempo parcial, y un hombre de mundo –un cubano de mundo– alejado del tablero.

Capablanca siempre dijo que había aprendido más de las partidas perdidas que de las ganadas. De la pateadura que me propinó el Dr. González no aprendí mucho, es la verdad, ya que he seguido cometiendo las mismas pifias a lo largo de medio siglo, pero mientras duró el juego (que no duró tanto, es también la verdad) me sentí muy cerca de Capablanca, como si él fuera la mano invisible detrás de cada jugada de mi hábil contrincante. Análoga cercanía experimentará el lector de este extraordinario libro, digno tributo a la memoria agri dulce del legendario ajedrecista cubano.

GUSTAVO PÉREZ FIRMAT